



#### PRECIOS DE SUSCRICION

UN AÑO, OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes. No se admiten suscripciones por menos de un año. Un número suelto, DOS CUARTOS en toda España. Números atrasados, UN CUARTILLO DE REAL cada uno. Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente. Para suscribirse, remitir OCHO REALES a don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

#### DIRECTOR

DON URBANO MANINI

#### ADMINISTRACION

Calle de Villalar, número 6, (Recoletos)

MADRID

#### MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID, satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se reciben a domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes *La Ilustración Universal*. EN PROVINCIAS, remitiendo OCHO REALES en sellos ó libranzas a don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año *La Ilustración Universal*. De *La Ilustración Universal* se tira una edición de lujo cuya suscripción cuesta 24 reales al año. ANUNCIOS:—A precios convencionales.

AÑO II.

AGOSTO.—1879.

NÚM. 74.

#### LA TERTULIA DE DON JUSTO

II

La presentación fué tan breve, como cortés y deferente la acogida que me dispensaron nuestros ya descritos personajes.

Terminados los cumplimientos del caso; sentados todos al rededor de una amplia y prehistórica camilla, sobre la que se veía confundidos en amigable tranquilidad á periódicos de ideas tan opuestas como *La Epoca* y *El Liberal*, *La Fe* y *La Iberia*, *La Correspondencia* y *El Criterio*, alumbrados por los resplandores que sobre sus columnas arrojaba una lámpara semi-colosal, previsoramente empavesada por una no menor pantalla, higiénico escudo izado en defensa de la apacibilidad de la retina de los contertulios, inició la conversacion, mi amigo el marqués de S\*\*\* R\*\*\* en estos términos:

—Supongo que nuestra presencia no habrá de interrumpir, en lo más mínimo, las tradicionales costumbres de este centro de discusion, y que el relato y el comentario de cuanto pasa por esos mundos, continuarán tan vivos y latentes como de ordinario.

Don Justo.—Y supone V. perfectamente desde el momento en que, segun nos ha manifestado, al honrarnos con su visita este su bueno y de nosotros ya estimado amigo, tiene exacta noticia de la atmósfera honradamente desenfadada, y la expansiva libertad de juicio con que aquí se trata de todas las cosas y personas que por ahí ocurren y ruedan.

El Marqués.—¡Pues ea! Sepamos qué ocurre: porque veo que ya se ha pasado revista á la prensa, y por consiguiente, habrá materia para escuchar los comentarios de este buen don Zóilo, sobre los sucesos de actualidad.

Don Cándido.—A puradillo ha de verse hoy para emitir alguno, porque, la verdad, yo, por mí, nada he encontrado en los diarios que valga la pena de ser juzgado, sino es muy de pasada.

Don Zóilo.—Usted, señor don Cándido, no suele dar importancia más que á las cosas de mucho bullo, y esas no son cotidianas; y digo esto, porque, por lo que V. acaba de decir, no ha fijado la atencion en

un *sueltecillo* tan de pocas líneas como de extraordinaria y trascendental sustancia.

Don Cándido.—¡Bien puede ser!

Don Justo.—Pues yo confieso á mi vez, que tampoco he me apercibido de tal *suelto*: venga, venga, lo que sea, con tal de que no nos dé V. luego por cosa grande alguna pequeñez.

Don Zóilo.—¡Pequeñez! ¡Ahí es nada! Estaba por decirles á VV. que vale la pena de exclamar con el poeta: «*Unum pro cunctis fama loquatur*,» etc.

El Marqués.—Bien, pero ¿qué es ello?

Don Zóilo.—(Leyendo en *La Correspondencia*.) Oigan VV. y procuren no desmayarse:

«El Sr. Cánovas del Castillo encuentra en Cauterets, como compañeros de baños, á personajes que, como él, han excitado más de una vez la atencion pública. Citaremos entre los principales al duque de Broglie, presidente del Consejo de ministros del 16 de Mayo, al cardenal Pié, y entre las señoras á la viuda del ilustre conde de Montalembert.»

Qué tal, ¿es floja la noticia?...

Don Cándido.—¡Hombre! Yo no encuentro en ella nada de particular.

Don Justo.—¡Ni yo!

El Marqués (guiñando el ojo).—A mí, francamente, me parece algo *churrigueresco* eso de adular á un hombre, de reconocida y legítima importancia, con tan fútil motivo.

Don Zóilo.—¿Lo ven ustedes?... Pues qué ¿no les parece una tontería de marca mayor, la de columpiar el incensario con tan trivial ocasion? Claro está que el señor Cánovas encontrará en Cauterets á los que estén allí, y no veo la razon de no haber dicho que también había encontrado al mozo del hotel, y á los que limpian botas, ó conducen equipajes.

Don Justo.—¡Este don Zóilo siempre el mismo! Pero, hombre de Dios, ¿ignora V. aún que nada hay tan ridículo como los elogios de los mentecatos? ¿No recuerda V., el procedimiento de aquel jefe de cierta secta filosófica, que invitaba ardientemente á sus amigos para que prescindieran de todo aplauso, si no trataban de comprometer su respetabilidad.

Don Cándido.—Y aún cabría aquí decir, con uno de los más eminentes doctores de Ntra. Santa Iglesia que habla con juicio: quién elabora sus pensamien-

tos en la oficina del cerebro, mientras eructa sandeces el que no tiene para sus ideas más laboratorio que el estómago.

Don Zóilo.—Me place este recuerdo, porque seguramente que al caso viene que ni de molde. Pero vamos á otra cosa: ¿Tampoco se han fijado ustedes en otra noticia digna de ser estimada en todo lo que vale?...

El marqués.—¿Otra?... ¿Pero del mismo género?...

Don Zóilo.—La índole es completamente distinta, pero los comentarios á que se se presta no le van en zaga.

Don Justo.—Oigamos.

Don Zóilo.—Parece ser, segun aquí leo, y no es ahora en *La Correspondencia*, que el Congreso de Ciencias médicas de Cádiz, ha tomado en cuenta la proposicion de un doctor Rubio, para que se haga activa propaganda á fin de que los periódicos dejen de publicar noticias de suicidios y los novelistas y autores dramáticos cesen de hacerlos figurar en sus producciones.

Don Justo.—Juzgo y o que nada tiene de insensato el pensamiento, ántes por el contrario, responde á un buen principio de moral y caridad cristianas: pero al mismo tiempo encuentro la proposicion algun tanto descomedida; porque al fin y al cabo, los periódicos tienen, conforme á la legislacion vigente, y han tenido segun todas las anteriores, el derecho de referir los hechos del dominio público, y los novelistas y autores dramáticos el de desarrollar dentro de las concesiones legales y lícitas, cuantos episodios dramáticos les sugiere su mayor ó menor fantasía. Para esto tienen sus preceptos literarios y dígalos sino, entre otros el: «*Nec filios coram populo Medea trucidet*.» Por otra parte; no creo, de bien á bien, que semejante proposicion sea producto del maduro entendimiento de mi amigo particular el Sr. D. Federico Rubio, reconocida ilustracion médica, y más aún *quirúrgica*, hombre de ideas avanzadas, y enemigo por consiguiente de cuanto tienda á establecer trabas al pensamiento humano.

Don Zóilo.—A mí impórtaseme un bledo que la proposicion parta de este ó de aquel otro doctor, célebre ú oscuro: lo que á encontrarme en condiciones de práctica, propondría á mis colegas en la prensa.

sería que le diésemos todos gusto, prescindiendo en absoluto de noticiar suicidios y demás crímenes, abriendo en el lugar de su referencia, una sección donde hacer público el número de seres racionales de una y otra especie asesinados por los médicos, con expresión del nombre de cada uno de sus verdugos, cosa que ya parece que hizo cierto francés ó norteamericano, á quien los sacerdotes de Hipócrates taparon la boca, ántes con ántes, en provecho de las suyas.

*Don Cándido.*—Para esa sola tarea sería preciso que nuestros periodistas dispusieran de un periódico del tamaño del *Times* ó del *Dayli Thelegraphie*.

*Don Justo.*—Lo que necesitarían preferentemente sería disponer de la independencia que hoy les arrebatán los propietarios industriales, dedicados ante todo á especular con el *bombo* y el *reclamo*, sin conciencia ni fe, ni respeto de ningún género.

*Don Cándido.*—¿De suerte que hay quien vende esos calificativos que todos los días vemos acompañando los nombres y apellidos del que sale á la pública espectación en las columnas de los diarios?...

*Don Zoilo.*—¡Pero hombre de Dios!... ¿Ahora se desayuna V. con eso? Pues si así no fuese, España sería la primera en todo, de todas las naciones conocidas. Tanto juez íntegro, tanto escritor distinguido, tanto general bizarro, tanto artista eminente, tanto funcionario celoso, tanto amigo querido particular y público, tanto elocuente orador, tanto zascandil, chisgaravis y badulaque incensado, ¿no constituirían la más feliz y próspera de las Arcadias imaginables?...

*Don Justo.*—De ahí que Séneca dijese: «*Los honores á todos concedidos, no son sino vituperios de la república que los consiente.*»

*Don Zoilo.*—También V. tiene unas ocurrencias! ¡Comparar á Séneca con el propietario de un periódico de noticias!.....

Llamaron á este punto, en el ventanillo de la botica, y D. Justo acudió al servicio de la cocina de Galeno, suspendiéndose por aquella noche el diálogo entablado sobre las cosas públicas.

Esperemos los de la siguiente noche.

EDUARDO SACO.

## NOTICIAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

### EL ALGODON

El algodónero (*Gossypium*) constituye en la botánica, el género más importante de la familia de las *malváceas*, especie de las *hibiscáceas*.

Los vegetales que le componen son hierbas de larga vida, y generalmente arbustos que á veces alcanzan hasta seis metros de altura. Sus hojas son alternas, pediculares, amontonadas, palmado-nerviosas, de tres ó cinco lóbulos agudos.

Su flor es grande, bella y distintiva por su ancha corola.

Su fruto, designado generalmente con el nombre de *Coca*, está encerrado en una cápsula redonda ú ovóidea, punteaguda en uno de sus extremos, que contiene de tres á siete granos negros, ovóideos, envueltos en un copo de pelusilla, muy fina, de color blanco ó rojizo.


Esta pelusilla es la que con el nombre de *algodon* juega tan importante papel en la industria moderna.

El algodónero para ser cultivado con éxito exige un suelo seco y arenoso.

Los puntos saliceos ó salinosos contribuyen á la buena cualidad de sus productos, porque se ha observado que las mejores especies, particularmente la conocida con el nombre de *Sea Island*, no prospera por completo más que en las playas marítimas.

Cuando se trata de fundar una *algodonería*, se elige un terreno blando y bien abierto á fin de que las raíces de la planta puedan extenderse con toda libertad.

Los granos se siembran en línea, ó en quincunce (1) en hoyos de 25 á 30 centímetros de profundidad, separados unos de otros un metro, para las va-

(1) Para inteligencia de los que desconozcan la palabra 

riedades herbáceas, y un metro cincuenta centímetros, para las demás.

Se planta de 4 á 5 granos alrededor de cada hoyo, teniendo cuidado de dejar, entre cada uno de ellos, un espacio de diez á quince centímetros y de no hendirles más allá de tres.

Al cabo de ocho días brotan los *algodoneros* más espontáneos. Acto seguido se les escarda, ó desbroza de las malas hierbas, que con el tiempo podrían ahogarles, y se repite esta operación de tiempo en tiempo, hasta la época de la florecencia.

Háse de tener, asimismo, mucho cuidado de arrancar las ramas más débiles, para no dejar sino las más vigorosas y lozanas.

La aparición de las flores primeras es siempre un acontecimiento entre los plantadores.

A los setenta días el grano ha adquirido su completa madurez: la cápsula, ó capullo que le encierra, se abre por sí misma, y la pelusa cae en forma de copo de nieve.

Este es el momento de la recolección.

La cosecha se hace recogiendo con la mano los granos y las materias filamentosas que les rodean, pero dejando los capullos en la planta.

Un obrero inteligente puede recoger de 125 á 150 kilogramos de algodón, al día.

Una vez recogido el fruto, se le deja secar al aire libre; despues se le almacena.

El hecho de someterle á la sequedad tiene por objeto la separación de las partes filamentosas de los granos, separación que también se obtiene por medio de máquinas al efecto, en relación de la cultura de los países cultivadores.

Terminada la recolección, dáse una nueva carda á la planta, y se arranca la materia inútil.

En el Brasil se contentan con arrancar el tallo y dejarle en el suelo, pero es mucho mejor cortarle á treinta y tres centímetros de la flor de tierra.

Los algodóneros de naturaleza herbácea producen desde el primer año, y aún los de algunas otras especies; sin embargo, lo general es que no den frutos hasta cumplidos los dos.

Al cabo de algunos años, ordinariamente de cuatro á seis, estos vegetales pierden su fuerza productiva: entonces debe podarseles, y mejor aún, arrancarles y restablecer su plantación en otro sitio.

El cultivo de los *algodoneros* esteriliza considerablemente el terreno, y así se cuenta por centenas de millar el número de hectáreas estériles en los Estados-Unidos.

La planta, por otra parte, está sujeta á la acción destructiva de diferentes plagas.

Las más temibles son dos de la especie de las *Nocturnas* (*Noctua subterranea*), que devastan en el espacio de 24 horas las hojas, la flor, y el fruto: la *Mygale*, el *Bostriche* y los *Kermes* que causan la muerte de los algodóneros, chupándoles la savia.

Calcúlase la producción media de una hectárea de algodóneros en 1.500 kilóg. de algodón en bruto, esto es, mezclado con el grano, y de 800 á 900 en limpio.

En el comercio se dividen en dos categorías: de *hebras largas* y *cortas*.

El primero de todos; y el más caro, es el conocido con el nombre de *Sea-Island*.

Los demás se clasifican por este orden:

Bourbon, Jumel ó Egipto, Puerto Rico, Cayena, Pernambuco, Motril ó Granada, Bahía, Camouchi, Para, Maragnan, Haití, Mina, Guadalupe, Cuba, Martinica, Trinidad de Cuba y Cartagena.

El algodón tiene también sus aplicaciones medicinales.

Usase, con éxito, en las quemaduras como calmante de los dolores causados por aquellas.

En el Brasil se cuece las hojas tiernas y el grano, y se administra este cocimiento contra los efectos de la disenteria.

Macéraselas también en vinagre y se las emplea como tópicos contra la jaqueca ó micranía.

Digamos ahora algo á propósito de la historia del cultivo y de la industria del algodón.

Créese que el algodónero es conocido en la India desde la más remota antigüedad.

*Herodoto*, refiriéndose á su tiempo, es decir, cinco siglos ántes de Jesucristo, escribía: *Los indios poseen una especie de planta, que produce una lana más dulce y mejor que la de los carneros, de la cual hacen sus vestidos.*

*Arriano*, que vivió en el siglo II de nuestra era,

confirma el testimonio de *Herodoto*: nos hace saber además que los indios daban á esta planta el nombre de *Tala*, y describe su capullo.

*Strabon* asegura que se cultivaba á la entrada del golfo Pérsico, y *Plinio el Viejo* refiere que era conocida en el alto Egipto y la Arabia, donde se fabricaba con su fruto los vestidos de los sacerdotes egipcios.

En el siglo II, ántes de Jesucristo, se dedicaban á él los árabes, que iban á buscarle á Barygaza, hoy día Barotch en la India, y le conducían al puerto egipcio de Adulé, en el mar Rojo.

En el siglo VIII, también los árabes introdujeron el algodónero en el Africa del Norte, de donde le hicieron venir á España.

Las manufacturas de Fez y de Marruecos gozaban ya de gran estimación en el siglo XIII, y sus productos eran buscados con preferencia entre los musulmanes.

Los primeros algodóneros de Europa fueron plantados en las llanuras de nuestra rica Valencia, alzándose casi al mismo tiempo fábricas para la explotación de esta industria en Córdoba, Sevilla y Granada.

En el siglo XIV las muselinas fabricadas en esta última ciudad eran estimadas como mejores y más finas que las de Siria.

Poco despues empezó á conocer esta industria la Italia, fijando su fabricación en Venecia y Milan, é importándola más tarde los turcos en la Albania y la Macedonia.

En el siglo siguiente (XV) tal industria hallábase en su mayor grado de prosperidad en nuestra isla de Cuba, en Méjico y en el Perú.

Los indígenas del Africa Central, de la Senegambia y de la costa de Guinea, no sólo la conocían de muy antiguo, sino que desde los tiempos primitivos la aplicaban á la construcción de sus trajes de honor y pintarrajeadas galas.

Ignórase á punto fijo, la introducción de la industria algodónera en Inglaterra. Por primera vez se hace mención de ella, en el *Tratado de Comercio* publicado en 1641 por Lewis Roberts, pero en esta fecha existían ya en Manchester y en algunas otras ciudades algunas fábricas de algodón.

*Aikin* remite á los principios del siglo XIV la aparición en la Gran Bretaña de las primeras balas, trasportadas por navíos venecianos y genoveses.

En un principio no supieron sacar partido de la nueva materia textil, limitándose á emplearla en la confección de mechas, pero en 1430 los tejedores de Chester y de Lancastre concibieron el pensamiento de emplear el algodón en la fabricación del *bombasi* (tejido de hilo y algodón); pero no habiéndoles dado resultados, despertaron la ambición de los armadores de Bristol y Lóndres, para dedicarse al comercio de la primera materia, yéndose á buscarla á Levante.

De tal manera favoreció el gobierno esta nueva industria, que á mediados del siglo XVII apenas si había parroquia, por pequeña que fuese, que no contase con un buen número de tejedores entre los obreros agrícolas durante la estación de invierno.

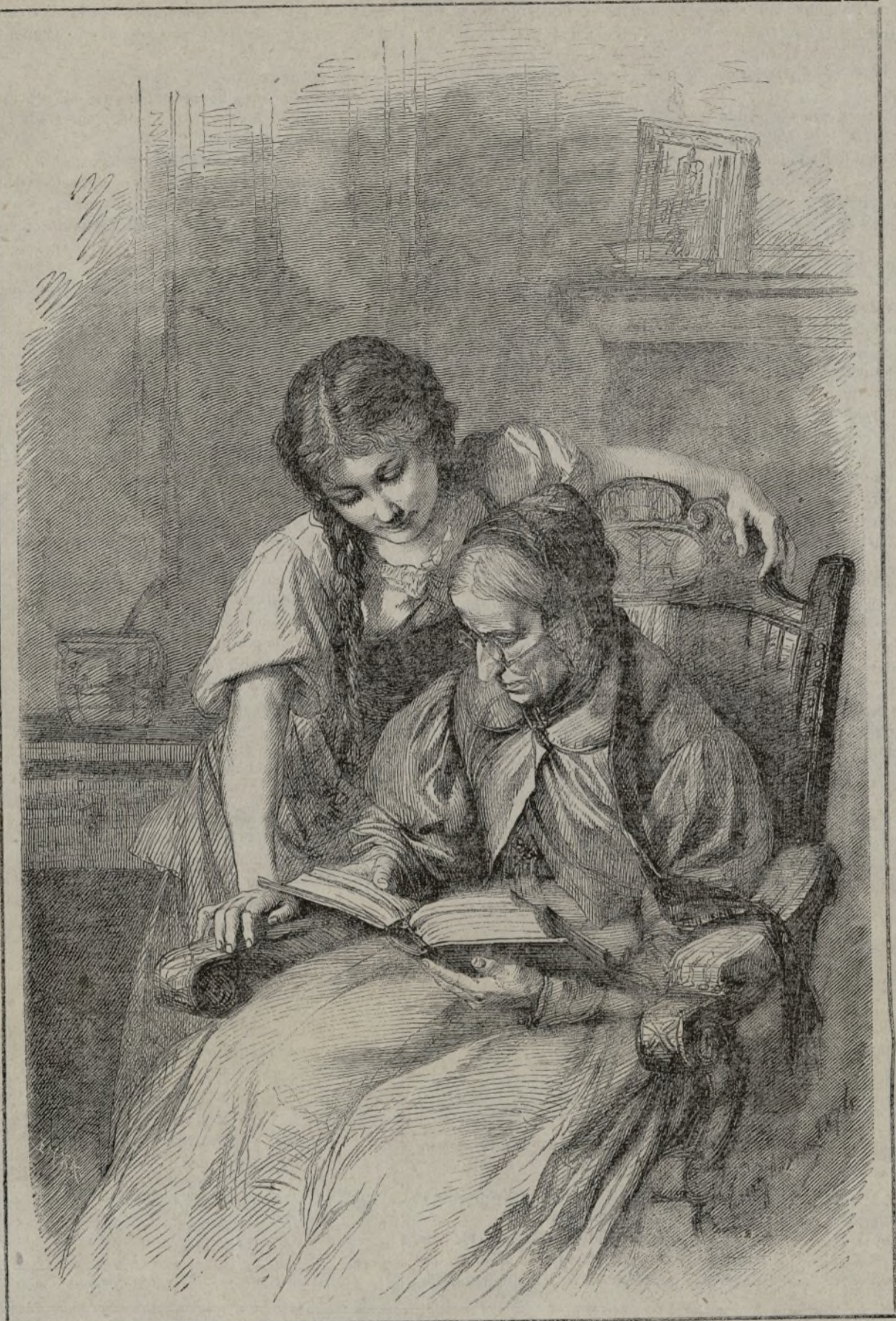
La Francia no conoció esta industria hasta bien entrado el siglo XVII.

Expuesta ya la noticia histórica de los pueblos en que ha florecido la industria algodónera, enumeraremos el rango en que resultan colocados en razón de su producción: Rusia, Austria, el Zollverein, España, Bélgica y Suiza. Desconócense los detalles sobre la importancia de la fabricación en Asia y Africa, y sábase que la China elabora aproximadamente 120 millones de kilogramos, de los cuales exporta cuarenta y cinco para la India y la América, consumiendo en sus necesidades el resto.

Esta industria ocupa más de 5 millones de hombres, de los cuales 3 viven del trabajo manufacturero. Por último, hácese subir á mil quinientos millones de pesetas el valor de las máquinas empleadas en su explotación.

No omitiremos consignar aquí, por lo mismo que los extranjeros tratan de ocultarlo á toda costa y por toda clase de ruines medios, que nuestra honradísima, populosa, rica y esencialmente trabajadora CATALUÑA presta á estos datos un contingente tan importante como significativo para el grado de cultura y prosperidad de España.

## LA ABUELITA



¡Miradla!...

¡Con cuánta y qué interesante atención sigue el curso de las ideas escritas que, en alta voz, va repitiendo esa linda y expresiva rapacilla!

¡Con qué imperturbable cuidado fija su ya cansada vista, en la página de ese libro abierto á los progresos de la enseñanza del sér en quien siente reproducidas por segunda vez su vida y esencia!

¡De qué aspecto de gravedad reviste el sencillo acto de conocer los adelantos que su descendiente, tal vez su discípula, va alcanzando en la primera y más delicada de las nociones fundamentales del saber!

¿Quiénes son, qué simbolizan esas dos figuras de atractiva simpatía, tan gráfica como delicadamente expresada, con tal sencillez de detalles, y tan elocuente como filosófico sentimiento de verdad, de arte y de buen gusto?

Supongámoslo.

Ese sencillísimo y bien dispuesto grupo está formado por *abuela y nieta*; por esos dos extremos de la familia humana, tan á amenudo en contacto, y tan seguros representantes de la incansable rotación del tiempo.

¡La abuela!

¡Qué dulce, qué sentida, qué entrañable encarnación del amor filial!

Es la autora principal de la vida de aquel, ó de aquella, á quien debemos la existencia: es la que consagró toda la suya á los tiernos cuidados, á las solícitas atenciones, á los graves peligros que rodearon la vida, de los que nos dieron la nuestra: formó su inclinación, corrigió, tan enérgicamente como fué preciso, sus aficiones viciosas, guió su educación física y moral, y por premio de sus trabajos, por recompensa de sus desvelos, para satisfacción de su cristiana conducta, la Providencia le otorgó la dicha de verse reproducida en los hijos de sus hijos.

Y cuando su edad y los irresistibles achaques del tiempo, la obligan á doblar el cuerpo, como aviso secreto que le llama á la tierra su madre natural, recobra fuerzas, asemejándose, en esto, al gigante de la fábula, siente nuevo y potente vigor, y encendida de improviso en su alma la llama del cariño, acude más solícita y desinteresada que nunca allí donde oye la temblorosa y argentina voz de un niño, con la frescura de la flor que se abre, con el color de la rosa naciente, que se acoge á su falda, y tiende los bracitos en muda y arrebatadora demanda de una caricia, ó de una golosina.

¡Niños! Los que teneis la dicha de contar en el número de vuestra familia tan envidiable sér, dedicadle vuestras caricias, respetadle siempre, miradle como uno de los objetos de vuestro más natural y obligado culto; y si el cielo os le conserva hasta la edad en que podáis discernir, y dar valor á sus debilidades ó flaquezas, hijas del tiempo y las amarguras del mundo, tened siempre un caudal de cariñosa tolerancia, de inagotable bondad, para la que fué con vosotros modelo de benevolencia, de sufrimiento y de amor evangélico.

E. S.

## POMPEYA LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación)

### CAPÍTULO XX

*Un vislumbre de esperanza. — Revelaciones.*

—No abrigaba esperanza alguna de salvación,—continuó Gurgés,—cuando cierta mañana el esclavo que me servía el escaso alimento que me destinaban los inicuos sacerdotes, me dijo en voz baja:

—Tengo que hablarte; volveré esta noche. Entre tanto, finge que estás enfermo.

Estas palabras hicieron penetrar en mi alma un vislumbre de esperanza, dulce y consoladora.

La voz de aquel hombre hizo latir mi corazón con extraordinaria violencia.

¡Cuán largas se me hicieron las horas hasta tanto que llegó la noche!

Por fin vino el esclavo, y á pretexto de asistirme en una fuerte indisposición que yo había simulado,

siguiendo sus instrucciones, se sentó al lado de mi pobre lecho.

—Podemos hablar largamente,—me dijo,—los sacerdotes están muy lejos de estos lugares, agradablemente entretenidos en una orgía.

Nadie nos observa, y por lo tanto, repito que podemos hablar sin temor alguno.

—Habla,—le dije,—ya te escucho.

—Vengo á hacerte una proposición,—continuó el esclavo,—que creo ha de serte sumamente agradable.

Puedo proporcionarte la libertad...

Dí un salto en el lecho al oír estas palabras, sin temor de lastimar las sangrientas llagas de que estaba cubierto mi cuerpo.

El dolor me hizo prorrumpir en un ¡ay! lastimero.

—¡Sosiégate!—prosiguió el esclavo,—y presta la mayor atención á lo que voy á decirte.

—¿Pero es cierto que puedes proporcionarme la libertad?—pregunté estremeciéndome de gozo.

—Sí puedo,—afirmó aquel hombre.—Para ello tendré que vencer grandes dificultades; pero tú recobrarás la libertad, yo te lo juro.

Voy á decirte á qué precio.

Sé que eres inmensamente rico...

—¡Todas mis riquezas serán tuyas!—exclamé interrumpiéndole.

—No es eso sólo,—añadió el esclavo.—Necesito además que me ayudes en mi venganza contra el gran sacerdote de Júpiter Trofonio.

—¡Oh!—exclamé, llevando la mano á mi pecho, en el cual rebotaba el odio contra el malvado jefe de mis verdugos.—¡Proporcióname el placer de que y pueda arrancarle el corazón á ese hombre, y además de darte todas mis riquezas, me haré tu esclavo!

¿Ayudarte dices?

¡Oh, yo te doy mi palabra de que lo haré así!

No temas que falte á ella.

Quisiera podértelo jurar por los dioses: pero ya sabes que no creo en ellos.

—No es necesario el juramento, me fío de ti,—dijo el esclavo.—Huiremos juntos, ó juntos pereceremos al buscar la libertad.

Luégo me darás la parte que quieras de tus riquezas, y despues de vengarnos del gran sacerdote, huiremos de Atenas para siempre.

Voy á decirte ahora los motivos del odio que emponzoña mi corazón.

Desde muy niño he sido educado en este templo.

Aún no tenía quince años, cuando ya conocía todas las supercherías, todas las infamias y maldades que distinguen á los sacerdotes de Júpiter.

Iniciado en casi todos sus secretos, vivía contento y feliz en medio de la abundancia que aquí reina, cuando el gran sacerdote, que era entonces muy joven, me destinó á su servicio.

Me trataba bien, y llegué á quererlo como á un padre.

¡Miserio de mí, cuán lejos estaba de pensar que, andando el tiempo, había de ser la causa de las desventuras de toda mi vida!

Llegó para mí la edad de los amores, y amé con delirio, con exaltación, á una joven esclava, perteneciente á una de las casas más poderosas de Atenas.

Nicandra, que así se llamaba la joven, no tardó en corresponder á mi pasión.

Con mucha frecuencia venía al templo, únicamente con el objeto de verme, y solíamos tener nuestras entrevistas en un oculto lugar cercano á la cueva de los Vaticinios.

¡Cuánto nos amábamos!

Pero el funesto destino se conjuraba sordamente en contra de nuestra felicidad, y estaba muy próximo el momento en que esta cesara para siempre.

Un día el gran sacerdote vió en el templo á Nicandra, y le pareció sumamente hermosa.

El espíritu de la impureza agitó de un modo violento las torpes pasiones que se encerraban en su alma, y resolvió hacer suya á mi amada.

Esta salió del templo en mi busca, bien ajena de ser observada, y el gran sacerdote siguió cautelosamente sus pasos.

Pronto tuvo conocimiento de nuestras entrevistas.

Me hallaba bien descuidado disfrutando de la felicidad de ver á Nicandra, cuando un leve rumor me hizo volver la cabeza.

Era el jefe de los sacerdotes, que nos espiaba.

Por pronto que quiso alejarse, tuve tiempo suficiente para verle fijar en mi amada sus ojos chispeantes.

Conocía perfectamente á mi señor, y sabía muy bien á qué atenerme.

¡Ay de mí, si le había agradado Nicandra!

Al despedirme de ésta, el corazón me presagiaba un infausto suceso.

Nicandra quiso calmar mi inquietud, diciéndome con ternura:

—¿Qué tienes? ¿No es tuyo mi corazón?...

—Te amo, te amo tanto, que aún cuando el mismo Júpiter quisiera honrarme con sus caricias, lo rechazaría sin vacilar!

—Tranquilízate, pues, y ten más confianza en mi cariño!

—No es el temor de que seas infiel,—le dije,—lo que causa mi inquietud.

Sé que tu amor es mío, mío enteramente, y por lo tanto, respecto á tu felicidad estoy bien tranquilo.

Lo que yo siento es un temor vago, un temor desconocido, que me tortura el corazón.

—Te amo, soy amado por tí, los hados parecen ser-

nos propicios, y sin embargo, presiento no sé qué fatal suceso, que influirá, no lo dudes, en nuestro porvenir!

Nicandra se burló de mis presentimientos, y tomó el camino de la ciudad, después de darme el ósculo de despedida.

¡Ay! ¡aquella demostración de su inolvidable cariño, aquel amante beso, había de ser el último que recibiera de la enamorada joven!

¡Degraciada! ¡cruel era la suerte que le tenía preparada el destino!

Yo bien hubiera querido acompañarla á la ciudad; pero no me era posible. El servicio del gran sacerdote me retenía en el templo.

Llegó la siguiente mañana, y con ella adquirió algún sosiego mi corazón.

Pero transcurrió todo aquel día, y Nicandra no pareció, como tenía de costumbre.

¿Qué había sido de ella?

Corrí á la ciudad en alas de mi amor, y entré en casa de sus señores, en la cual era muy conocido.

Nicandra tampoco se encontraba allí.

Hacía dos días que faltaba de la casa, y todos estaban llenos de la mayor inquietud, pues la esclava era sumamente querida.

Se la buscaba con afán por toda la ciudad.

No, no era en ella en donde era preciso buscarla.

Yo sabía ya á qué atenerme, y por lo tanto, corrí loco de ira y de dolor á la caverna de Júpiter Tronío.

Allí estaba indudablemente Nicandra, encerrada entre otras tantas hermosuras destinadas á los torpes placeres de los sacerdotes.

Yo conocía perfectamente los subterráneos, los ocultos lugares sepultados en las entrañas de la tierra, en los cuales gemían las víctimas de los impuros ministros de Júpiter.

Descendí á aquellos lugares, deseando y temiendo á la vez encontrar en ellos á la mujer de mi amor...

Al llegar el esclavo á esta parte de su narración, un raudal de lágrimas corría de sus ojos, y sus gemidos conmovían mi alma.

¿De qué iniquidad del gran sacerdote había sido víctima aquel desdichado?

De repente oímos sonar á lo lejos un ruido pa- voroso.

El esclavo dejó de sollozar y prestó la mayor atención á aquel rumor extraño.

Pero éste cesó al fin, y todo volvió á quedar sumido en el más profundo silencio.

## CAPÍTULO XXI

*La venganza satisfecha.—Un crimen.—Primeros avisos del Vesubio.*

Enjugó el esclavo su llanto con el extremo de la túnica, y continuó de esta manera:

—Yo siempre había tenido entrada en los más ocultos lugares y dependencias del templo; pero al querer penetrar esta vez en el encierro de las muje-

res, un esclavo negro llamado Zante, amigo y compañero mío, me detuvo el paso, diciéndome con misterio:

—¡No puedes entrar!

Esta prohibición aumentó mi inquietud, acabando de convencerme de que allí estaba encerrada Nicandra.

No te diré los proyectos descabellados que inventé mi imaginación, ni los medios que puse en juego á fin de penetrar en el misterioso encierro.

Pero todo fué en vano, y no conseguí mi objeto.

A. DE SAN MARTÍN.

(Se continuará.)

## EPIGRAMAS

—¿Qué tal vamos, D. Fernando?—

dijo á un enfermo el doctor.

—Aquí sufriendo y rabiando.

—¡Pues hoy tose usted mejor!

—¡Como quise pasar, señor, toda la noche ensayando!

Jactábase un pedanton, de mollera algo vacía, de haber nacido en el día que nació Napoleón. Y oyéndole Blas Ciruelos, dijole por divertirse: —Entonces quiere decirse que eran ustedes gemelos.

S.\*\*\*

## CHARADA

Prima, que como cristiano, siente hacia la *todo* encono, dijo ayer en agrio tono á su tío D. Mariano: —Como yo pueda, a *dos tres*, que sea cual fuere el modo, he de perseguir la *todo*, donde pusiere los pies. (La solución en el número próximo).

## ACERTIJO

Solución al propuesto en el número anterior:

Al **E** acete.  
Gu **V** dalajara.  
Za **H** agoza.  
Cá **C** eres.  
Cu **E** nea.  
Va **T** encia.  
Le **O** on.  
Sa **N** tander.  
Gr **V** nada.

Imp. de E. Rubiños, Plaza de la Paja, núm. 10.

Precio: UN REAL cada línea.

## ANUNCIOS

Dirigirse calle de Villalar, 6, bajo.

URBANO MANINI, EDITOR  
BIBLIOTECA DE LUJO

Obras encuadernadas á la rústica al precio de cuatro reales cada una en toda España.

ORTEGA Y FRIAS

La gente de pega.  
Los hijos de Satanás.  
Los libertinos.

PINA DOMINGUEZ

Un seductor de criadas.  
El hombre de las tres pelucas.  
Percances de tres mujeres.

CONDE DE FABRAQUER

El beso de la duquesa.

DOMINGO DE SANTOVAL

El millon de Solomo.  
Siete semanas en burro.  
Los viejos verdes.  
Los manchegos en el polo Norte.

Remitiendo 4 rs. en libranza ó sellos á don Urbano Manini, calle de Villalar, núm. 6, Madrid, se recibe cualquiera de estas obras á vuelta de correo y porte franco.

No hay que gastar en irse á baños  
EL INFALIBLE.

Vemos con el mayor disgusto que el Sr. Ortiz de Cantonad, médico de Manzanarés el Real, no sólo ha inventado el infalible jarabe que ahorra hasta el lavarse la cara, sino también el modo de anunciarlo sin que le cueste un cuarto, por el sencillo medio de no pagar los anuncios.

No contestando á las cartas que se le dirigen, se encuentra también inventor del sistema de recibir un periódico de balde, pues para que lea este anuncio se le mandan gratis los números. Total de invenciones, 3.

BOTICA DE SANCHEZ OCAÑA.  
Calle de Atocha, 35

En este acreditado laboratorio se encuentran los mejores medicamentos tanto nacionales como extranjeros. Calidad superior. — Precios económicos.

D. JUAN BAUTISTA ROURA.—Librería, calle de San Agustín, número 1, TARRAGONA.—Rogamos á V. se sirva remitir á la Administración de este periódico el importe de su último pedido de libros que hace próximamente un año que está adrestando, sin siquiera contestar las muchas cartas que en demanda de nuestros intereses le tenemos remitidas.

GRAN LAMPISTERIA DE M. RIAZA  
Fuentes, núm. 1.

VERDAD EN BARATURA

En este Establecimiento se venden los géneros de lampistería, utensilios de cocina, tubos, mechas, bombas, pantallas, jaulas, y aceite mineral por cuartillos y por latas.—Se lleva á domicilio.

VENID Á ESTA CASA Á COMPRAR BARATO

AVILÉS.—En el acreditado establecimiento de D. Indalecio García, se hallan de venta todas las obras publicadas en la biblioteca de D. Urbano Manini, al precio de cuatro reales cada una.

VALVERDE, 22

Marcos de talla, antiguos y dorados.  
SE VENDE UN APOSTOLADO.

LA SILDUBENSE.—Librería de don F. Francés, calle del Coso, 104, ZARAGOZA.—Completo surtido de efectos para escuelas de primera enseñanza. Elegantes y variados premios para los niños de ambos sexos. Depósito de toda clase de libros y variado surtido de objetos de escritorio. Devocionarios y semanas santas con elegantes y caprichosas encuadernaciones. En este establecimiento se hallan también de venta todas las obras publicadas en la bella biblioteca de D. URBANO MANINI, al precio de CUATRO REALES CADA UNA.

E. JIMENEZSCHLACHTER

constructor de muebles de ebanistería y tapicería.

Hortaleza, 50.